

**A propósito de *El emperador del Paralelo.*
Lerroux y la demagogia populista,
de José Alvarez Junco***

Demetrio Castro Alfin

Universidad Complutense de Madrid

Quizá no esté de más, al dar cuenta de este libro, comenzar por decir que su objeto no es tanto Lerroux como el lerroxismo, que no se trata de una biografía política, y menos de una biografía política convencional, sino del estudio de un movimiento social de corte populista y de determinados recursos de movilización. Así lo expresa el subtítulo, mientras el título acota claramente el periodo al que el análisis se refiere: los años de la primera década del siglo en los que Alejandro Lerroux ejerció su autoridad política en aquella zona del sur de Barcelona donde en torno a la avenida del Marqués del Duero se localizaban los lugares de esparcimiento y encontraba la ciudad los rasgos más peculiares del cosmopolitismo plebeyo. Esta bien definida localización cronológica del periodo al que se ciñe el análisis, explica que para el autor, superado aquel primer tramo de la vida y la carrera política de Lerroux, el personaje, convertido en uno más de los políticos de la Restauración que coronaría su historia con la Segunda República, pierda interés como objeto de estudio y los siguientes cuarenta años de su trayectoria no merezcan más que una decena de páginas (pp. 420-31).

* José ALVAREZ JUNCO. *El emperador del Paralelo. Lerroux y la demagogia populista*. Alianza Editorial, Madrid, 1990. 509 pp.

Aquellos rutilantes años barceloneses aparecen tan cargados de alicientes para el análisis histórico que no puede sorprender la reiteración en abordarlos tras haber merecido trabajos tan sugestivos e inteligentes como las páginas que le consagró Romero Maura o el libro de Culla i Clará. Alvarez Junco pone de manifiesto la variedad de cuestiones que en la época se acumulan, unas inherentes a la propia personalidad del político, otras relativas a las circunstancias en las que hubo de moverse. Y ese es, en esencia, el objeto de su libro: cuáles son los mecanismos que hacen posible que un muchacho provinciano, de oscuros orígenes y sin dotes demasiado notorias, llegue a integrarse en la élite política de la Restauración; qué principios regían el funcionamiento del importante mundo de la prensa republicana y qué valores determinaban la actividad política de lo que cabe denominar cuadros intelectuales del republicanismo; cómo alguno de esos intelectuales, puesto en la coyuntura oportuna -los procesos de Montjuich- podía alcanzar una situación de particular relieve como faraute entre la opinión izquierdista, sacando de esa opinión cuanto sus limitaciones permitieran; de qué modo y con qué materiales se estructura la estrategia retórica de tan especial interés en un dirigente populista. Y todo ello en un marco constituido por la evolución del régimen canovista entre el Desastre y la boda del rey; entre la marcha del republicanismo y los lances conspirativos de la izquierda extremista; entre el auge de Solidaridad Catalana y la Semana Trágica.

Son, pues, tres espacios de análisis que se entrecruzan: el del personaje, el del medio social y político que sustenta el movimiento por él encabezado, así como el movimiento mismo, y el del universo imaginario colectivo, incorporado a la cultura política popular que Lerroux activó y también el que actúa tras su propia retórica. Naturalmente, moverse con provecho por los tres y por sus complejas intersecciones requiere un bagaje de conocimientos y métodos cuyo despliegue atinado y de convincentes resultados se cuenta, sin duda, entre lo más estimable del libro.

En efecto, la multidisciplinariedad exigida por el trabajo hace que, en uno u otro momento, haya que recurrir a las distintas ciencias sociales. Así, por ejemplo, a la psicología y no sólo a su faceta colectiva o social, sino a aquella vertiente a la que quizá pueda discutirse todo vínculo de esa índole, el psicoanálisis. Alvarez Junco, apoyándose en la orientación no predictiva de historia y psicoanálisis, además de en el hecho de compartir ambos un incierto carácter científico, incorpora algunos vislumbres psicoanalíticos en la reconstrucción de la infancia y juventud de Alejandro Lerroux, y el resultado parece validar el intento. La evocación del medio familiar y el enjuiciamiento del

mismo contenido en sus propias memorias y declaraciones, permite adivinar una infancia dominada por la rivalidad con el hermano mayor en el cariño de la madre (pp. 47-48). Presidida, igualmente, por una figura paterna intemperante y jalonada por las estrecheces propias de un hogar de clase media baja y numerosísima prole. La severidad y las estrecheces aparecen idealizadas en los recuerdos de Lerroux como escuela de virtudes personales y cívicas, propia de las clases populares y en la que él habría sido alumno aventajado. Pero no tan idealizadas como para velar del todo la disonancia entre lo que tuvo y lo que hubiera querido tener, origen de una ambivalencia emocional respecto a su infancia que Alvarez Junco relaciona con la biplicidad característica del populismo (p. 50). De aquellas experiencias infantiles saldría, en suma, una personalidad en la que la irresolución y flaqueza, puesta de relieve en diferentes ocasiones, quedaba encubierta por la altanería y la jactancia.

Pero la interpretación psicoanalítica no sólo permite indagar sobre las peculiaridades de personalidad y conducta de Lerroux. Mayor interés tiene valerse de esa interpretación en la búsqueda de explicaciones profundas a actitudes colectivas como el anticlericalismo, viéndolo, en su obesiva dimensión sexual, como proyección de represiones generalizadas:

«Sólo en el contexto de este "imaginario colectivo" se entienden cosas como el éxito que obiene el demagógico artículo de Lerroux de 1906 en el que señalaba genialmente a sus huestes el más alto objetivo del inconsciente machista católico: la violación de novicias. Sólo así se explica la infantil actuación de las muchedumbres durante la Semana Trágica, la morbosa curiosidad con que buscaban fetos en las tumbas de los conventos o ropa interior, perfumes y sofisticados artilugios pornográficos en sus armarios, pruebas todas ellas de esa secreta, depravada e intensa vida sexual de los Padres y sus Vírgenes Vestales sobre la que tanto habían oído especular» (p. 403)

El examen del anticlericalismo que efectúa Alvarez Junco es sugestivo y convincente, con una línea interpretativa que había adelantado ya en trabajos anteriores; en el punto que ahora se trata habría que señalar tan sólo que quizá el análisis del fenómeno podría enriquecerse y complementarse extendiendo la interpretación psicoanalítica a otros aspectos distintos de las obsesiones sexuales, como la cultura y la enseñanza, cuestión de la que se ocupa (pp. 410 y ss.) en términos, digamos, más positivistas. Pero sí, ciertamente, en la mentalidad republicana, «la ciencia, la enseñanza, el maestro, eran los antídotos contra el veneno clerical» (p. 412), ¿sería aventurado ver en esa constante, y habida cuenta de la tradicional función docente de los eclesiásticos, una manifestación, también de alcance colectivo, de lo que Bachelard llamó "el complejo de Prometeo", una especie de edipismo intelectual en el que la *libido sciendi* as-

pira a superar al padre en saber, a conocer más que él y de modo distinto?. La suposición vendría avalada por otras observaciones relativas a la concepción de la ciencia o de las escuelas laicas en la mentalidad republicana (p. 187)

La cuestión anticlerical es de tal importancia en la configuración de la ideología y de la acción de los republicanos, y en particular en Lerroux, que recorre todo el libro. Ciertamente, y en un plano general, entendían que la modernización del país (lo que constituía su objeto político global) se cifraba en última instancia en el asentamiento de una sociedad laica (pp. 208-209). Pero, además, había una vertiente estratégica adicional y del mayor interés para Lerroux, que supo ver en ese elemento, "expresión de la cultura política común", la más concreta base de confluencia con el obrerismo en el que cifraba el futuro electoral y político del inánime republicanismo de 1900 (cf., p.e., 110, 271). Alvarez Junco diversifica los enfoques, aun con expresa protesta de no pretender agotar el asunto, y junto al acercamiento psicologista ya aludido, recurre a la antropología. Establece, así, valiéndose de las imágenes y la estructura de los textos republicanos, la existencia de un mitologema en el que el clero -antinatural, lóbrego, tortuoso-, actúa como rival del Pueblo/Mesías:

«El clero es (...) el Dragón que oculta en su cueva la pócima maravillosa, la Ciencia, que nuestro héroe necesita para fortalecerse e imponer en el trono a su dama la República» (p. 401)

También es en muy buena medida de carácter antropológico su análisis de ciertos contenidos de la ideología política republicana. Diferencia sus distintos elementos (en esencia, un racionalismo jacobino superpuesto a un romanticismo moralista y articulado con un nacionalismo de cuño regeneracionista), señalando entre ellos una visión mítica de la historia española en términos Paraíso/Caída/Redención (pp. 193-94). Hay igualmente una cierta orientación antropológica en su examen de la vigencia entre las élites intelectuales y políticas de ideología liberal y democrática, de concepciones y usos preburgueses o incluso antiburgueses, en particular del duelo (pp. 82-90). Y la hay también en la evocación, a caballo con la sociología, de las concentraciones populares republicanas de los primeros años de siglo en Barcelona (pp. 390-97) aunque lo interpretativo quede sólo esbozado.

Dada la importancia de la oratoria en la acción política lerrouxista su estudio resultaba de lógico interés. Alvarez Junco explica en páginas preliminares (p. 16) su desaliento ante lo magro de las aportaciones de las ciencias y técnicas de análisis social del lenguaje (sociolingüística, semántica cuantitativa, teoría de la comunicación y de la opinión, entre otras) para profundizar en el

conocimiento de la retórica política, hasta reducirle a un enfoque próximo a lo que denomina, con notorio comedimiento, "la retórica clásica". Porque es evidente, por una parte, que el autor apenas se apoya en la preceptiva retórica "clásica" (de la que sólo cita la *Retórica* aristotélica, con olvido de tantas figuras, de Protágoras a Cicerón y Quintiliano), pero, sobre todo, su tratamiento de la cuestión no es precisamente formal. Lejos, en efecto, de detenerse en el escolio del carácter epideíctico de la oratoria de Lerrooux, lo que lleva a cabo es una disección de las estrategias puestas en juego en sus discursos, así como la forma en que llegó a establecerlas y usarlas (pp. 230 y ss.) Como era de esperar el discurso lerrouxista no brillaba por el rigor doctrinal ni por la elegancia, pero hacía gala de un excelente oficio de eficaces resultados a base de *espectacularidad, subjetivización y trascendentalización*. Tres recursos que actúan en una misma dirección peculiar de la retórica populista (y, quizá, de casi toda retórica política), la *elusión*; esto es, soslayar un contenido objetivo y concreto en la oración tratado en términos racionales, para reducirla a la creación de un clima emocional de afirmaciones y descalificaciones morales, autoexaltaciones y apelaciones aparatosas pero meramente rituales a la violencia. De esta suerte, el discurso acaba reducido a una peroración sobre orador y auditorio, que pueden quedar incluso confundidas. Subraya además Álvarez Junto la condición de obra colectiva que reviste esta forma oratoria, en el sentido de que el orador resulta cautivo de aquellas imágenes y expresiones con que halaga al auditorio y que, precisamente por ello, éste le impone convirtiéndole casi en recitador de un libreto ajeno:

«El ídolo de masas se deja conducir por sus oyentes, prestándose a repetir o subrayar aquello que tiene éxito (...) [y] acababa por decir exactamente lo que el auditorio le pedía» (p. 234).

Se trata, en última instancia, de un círculo vicioso. Los ambientes en los que Lerrooux hablaba no eran los más a propósito para usar de una oratoria elegante y reflexiva, sino aquéllos en los que la propia extracción social de los oyentes, su incultura, su enclaustramiento en tareas manuales ajenas a toda dedicación intelectual imponía registros como los que Lerrooux prodigaba, y éste, probablemente, no hubiera sabido hacer otra cosa; de ahí la perfecta identificación entre orador y auditorio; de ahí su maestría en la retórica demagógica; de ahí, también, su imagen, fuera de aquellos medios, de desafortado energúmeno.

En cualquier caso, es éste un estudio sobre un político y un movimiento político y social; por consiguiente Álvarez Junto recurre con profusión y competencia a las distintas ramas de la Ciencia Política para llevarlo a cabo.

Recurre, por ejemplo, a la sociología electoral para obtener lo que llama "retrato robot" del votante lerruxista en la electoralmente polarizada Barcelona de principios de siglo. Muy significativamente, el voto mayoritario a Lerroux se concentró, además de en el barrio portuario de La Barceloneta, donde se registraron los más elevados porcentajes, en los distritos correspondientes a los municipios suburbanos de, por entonces, reciente incorporación: Sans, Corts, Horta, San Andrés de Palomar, San Martín de Provencals. Se trata de aquellos en los que se manifestaban las más altas tasas de natalidad y mortalidad de la ciudad, donde mayor era el porcentaje de trabajadores manuales y menor el de profesionales liberales, mayor el analfabetismo y más escaso el servicio doméstico. Los reducidos porcentajes de contribuyentes por propiedad urbana e industrial o de individuos relacionados con actividades mercantiles y, por el contrario, las elevadas tasas de mortalidad por enfermedades epidémicas o de abstencionismo electoral, eran también rasgos característicos de los distritos de mayoría lerrouxista (p. 353, mapa, cuadros y gráficos, pp. 361-70). Menos consistente y expresiva resulta la correlación con la variable inmigración, si bien entre los distritos de fidelidad lerruxista se encontraban los tres con más alta tasa y porcentaje de población de origen no catalán. La ponderación de estos datos permite al autor sostener, matizando el tópico imperante, que los seguidores de Lerroux eran no masas anómicas de inmigrantes, sino sectores de clase obrera integrados y con conciencia de tal. Aunque la desagregación de los datos lleva a apuntar para los momentos finales de la década un peso mayor del voto de origen foráneo (pp. 257-258), en esencia, *«el lerrouxismo se define sociológicamente por sus variables económicas u ocupacionales más que por las lingüísticas o culturales»* (p. 354).

Similar aprovechamiento de los métodos y aportaciones de la Ciencia Política se halla en el análisis que lleva a cabo el autor sobre la estasiología del republicanismo español de fin de siglo: su estructuración a base de partidos de notables, desprovistos de base estable y de actividad pública continuada, lo que en buena medida explica la propensión militarista y conspirativa del zorrillismo, el ambiente en el que Lerroux hizo su primer aprendizaje político y que tanto le costó olvidar. Al mismo ámbito pertenecen sus conclusiones sobre una cuestión tan particularmente asociada a Lerroux como la corrupción. Mucho más interesante que probar documentalmente, como hace Alvarez Junco, que el futuro jefe de Gobierno percibía regularmente, en los mismos días en que hacía gala de mayor radicalismo, cantidades a cargo del fondo de reptiles administrado por Dato desde Gobernación, resultan las consideraciones que el hecho le merece como exponente de un fenómeno

general indicativo del grado todavía precario y casi sólo formal de la consolidación del Estado (pp. 218-19).

Algunas de las más sólidas páginas del libro están dedicadas a problemas clásicos de la sociología política, como el del surgimiento de los movimientos sociales o el del populismo. Respecto al primero de los dos, Álvarez Junco, al hilo de su análisis sobre la Semana Trágica, insiste, evocando a Thompson, en la idea de que «los sujetos se construyen en el movimiento mismo» (p. 387), a partir de lo cual el lerroouxismo se dilucida como proceso de creación de un nuevo sujeto político. El populismo constituye, por su parte, asunto central de todo el libro y se le otorga un tratamiento teórico que no por su dispersión entre las diferentes partes deja de ser sistemático. Pese a las conocidas dificultades que la delimitación y análisis de este fenómeno presenta, el autor consigue delimitar de forma suficientemente clara sus componentes: movilización de masas, un discurso estructurado a base de apelaciones emocionales y premisas de carácter primitivo y, estructuralmente, el predominio de un dirigente carismático que suple la inconsistencia programática y táctica. Motivo cardinal del discurso populista es, obviamente, la noción de "Pueblo" como entidad dotada de especiales atributos éticos, de justicia, moderación y entereza en los padecimientos, antítesis de unos adversarios "Antipueblo" tenidos por culpables de los males colectivos.

Los movimientos populistas, nutridos por un heterogéneo conglomerado social, alimentan proyectos de reforma social y económica, así como de ampliación de la participación política y modernización. Esta última sería, para Álvarez Junco, la motivación central del lerroouxismo, nunca explicitada coherentemente ni menos programáticamente articulada, pero con la suficiente energía como para romper, junto al catalanismo, la estructura oligárquico-caciquil de control del sufragio en Barcelona. En este sentido el lerroouxismo, como movimiento populista, habría sido objetivamente modernizador en tanto que constituyó en sujeto político/electoral al proletariado barcelonés (p. 458), dando nueva dimensión a su antigua herencia radical. Y ello a despecho de las invocaciones a la revolución prodigadas en el discurso. Para el autor,

«los exabruptos retóricos no iban tan encaminados a fomentar un estallido revolucionario popular como hacia el control del resultado de las urnas» (p. 441).

Naturalmente, ello no puede implicar que el lerroouxismo, ni los populismos en general, resultase medularmente democrático. Muy al contrario, una de las cuestiones que más esclarecidas resultan en este libro es la de la imprecisión de esos movimientos en relación a los valores y los principios de la

democracia. En el caso del lerrouxismo pesaban en sentido contrario no sólo la sustancial indefinición del jacobinismo -patrimonio doctrinal básico del pensamiento republicano- entre dictadura revolucionaria y democracia, sino otros elementos estructurales del populismo que en más de un aspecto le hacen frisar con el fascismo: así, el sentimiento contrario al parlamentarismo e incluso el entusiasmo por una dictadura que fusile "con acierto" y encarcele diputados. Alvarez Junco reproduce y reseña textos de *El Progreso* y de *Progreso* muy expresivos a este respecto, aunque todos ellos del período 1889-98, y no del barcelonés. Así, igualmente, motivos tan inherentes al fascismo como la exaltación de la juventud y de la violencia, el menosprecio por los programas políticos o el caudillismo. Eso, más algunos otros elementos formales o de contenido (el lenguaje, el nacionalismo) podrían hacer de Lerroux un dirigente fascista de no resultar un anacronismo (p. 466). Tan flagrantes resultan las concomitancias que lejos de constituir una "licencia especulativa" las consideraciones que sobre ellas esboza Alvarez Junco (pp. 466-67) son más bien el primer desbroce de un camino que merecería la pena explorar despacio pese a la incertidumbre de su final.

Uno de esos aspectos parece de alcance más preciso: el caudillismo. Enlazando con el que fuera propio del progresismo español e incluso con el del caciquismo rural, el caudillaje populista de Lerroux -explícitamente proclamado Jefe y Caudillo- parece una fase de una nada compleja evolución hacia formas más recientes de culto al dirigente político. No obstante, al analizar minuciosamente los fundamentos de la legitimidad en que basó su carisma, Alvarez Junco da a entender la variedad más de contenidos que funcional, que puede encerrar el fenómeno. Hay que entender, por tanto, en el más amplio sentido la que pudiera ser conclusión final del autor sobre lo que fue en esencia el lerrouxismo, «un movimiento de transición, entre el caciquismo rural y la política institucionalizada de partidos y grupos de interés» (p. 465)

Resulta claro que a la par que un amplio estudio de materiales propios de la Ciencia Política y de las Ciencias Sociales en general, es éste (y sin duda precisamente por ello), un excelente libro de historia. No sólo resulta admirable en él el tratamiento teórico de los problemas que suscitan los hechos, sino la forma en que éstos quedan establecidos y estructurados. Así, cuestiones como la gestación del atentado del día de la boda de Alfonso XIII y en general la dinámica del microcosmos terrorista de principios de siglo; o como el desarrollo de la campaña en defensa de los detenidos de Montjuich, y, en conjunto la compleja evolución del radicalismo desde la muerte de Ruiz Zorrilla (y aun el esquema de toda la evolución institucional e ideológico-programática

del republicanismo, reflejada en sendos cuadros -pp. 130-131 y 384). O asuntos más concretos y quizá triviales, como la manida especie de que Lerroxx fue un mercenario enviado por "Madrid" para desbaratar el naciente catalanismo político, convincentemente refutada aquí (pp. 336, 358)

Un libro que versa sobre historia política y sobre historia de las ideas, aunque no sólo, y que se recrea en el desmenuzameinto de los hechos tiene mucho que ver con lo que Himmelfarb llamara con lúcida simplicación *Old History*. Y más si se atiende a que el autor encara la historia como relato allí donde el asunto lo requiere y como tal lo trata, siguiendo una acción que discurre intercalándose con los análisis de fenómenos políticos y sociales que surgen en el relato mismo. Y lo escribe preocupado además de por el rigor y la claridad por la elegancia, ilustrándolo narrativamente, noveladamente si se quiere, pero sin fabular; sólo evocando tipos, ambientes y situaciones con legítimo recurso ilustrador. El resultado es un libro que además de arrojar luz sobre las cuestiones que aborda, solaza y agrada. Hay que felicitarse de que Alvarez Junco venciera explicables escrúpulos ante los verosímiles remilgos que su planteamiento pueda suscitar en el formulismo ortodoxo, en la muy rankiana presunción de que todo esmero que no se encamine a dejar claro "cómo ocurrió" confiere labilidad al análisis histórico. Y eso que Ranke fue de los últimos historiadores profesionales que consiguió hacerse leer por alguien más que por los historiadores profesionales. El sincretismo metodológico, acoplando lo mejor de las nuevas y viejas maneras de hacer historia en una peculiar acepción de Sociología histórica (pp. 18-19), ha dado un producto de lo más estimable.

Con *La ideología política del anarquismo español (1868-1910)*, en 1976, José Alvarez Junco presentó un trabajo modélico en historia de las ideas, cuya estructura, penetración analítica y exhaustiva documentación le convirtieron en título clásico, al menos en el sentido de ser de consulta imprescindible en relación a su tema. No es aventurado pensar que *El Emperador del Paralelo*, que sietetiza mucho de lo que en preocupación metodológica ha caracterizado a su autor en los nada desocupados años que entre uno y otro libro han mediado, habrá de convertirse también en un título de igual carácter, y resulta, en todo caso, un excelente ejemplo de la mejor historia que hoy se escribe entre nosotros.